

MEMORIAS DEL CARNERIL

JOSÉ MARÍA RUBIO MERINO

Director de Relaciones Institucionales, Comunicación
y Estrategia para España de Airbus Helicopters.

Tuve la inmensa fortuna de pasar mi infancia en Cáceres. Una ciudad de provincias, casi desconocida para el resto del mundo hasta la llegada del internet y el furor de las casas rurales, con un pasado histórico plétórico en todas sus piedras y un paraje natural que ahora se busca ávidamente.

Viví en la Avenida de Cervantes, una sus calles más largas, había que unir el centro noble y acomodado con una de sus barriadas más periféricas y modestas. Eran pisos de protección oficial que edificó la Asociación Virgen de Guadalupe en los baldíos del Espíritu Santo, terrenos dedicados al pasto de ganado y por eso se le daría el nombre de Carneril, relativo al carnero, la primera barriada del Cáceres moderno.

A principios de los años 70 del siglo XX, también era conocida como la de obispo Llopis Iborra, uno de los núcleos urbanos con más encanto de una ciudad sólo conocida por los reclutas de reemplazo que desfilaban por el campamento de Santa Ana, el famoso CIR nº 3.

Nuestro piso era uno de los altísimos bloques del barrio del Carneril que, aunque contaran con sólo 9 plantas, destacaban con creces del contorno. Servían de alta muralla para el barrio que se extendía por detrás; eran las calles Colombia, Bolivia, Perú,

Ecuador... en bloques de ladrillo visto más pequeños en calles distribuidas como una parrilla hasta el gran edificio de la Guardia Civil que sólo visitábamos buscando los kioscos en pos de aquellos cromos tan difíciles de encontrar.

Estaban ahí, y serían más castizos, pero entonces sólo mirábamos hacia la montaña. De estas calles salían los otros niños del barrio, aquellos con los que teníamos que compartir el inmenso espacio que se extendía hasta la falda. Ése era nuestro territorio de juegos, y de batallas.

Se vivía y se aprendía en la calle. Jugábamos a las carreras de chapas, al burro (lo del churro, media manga, manga entera a prueba de escoliosis y daños cervicales) y los bolindres (canicas para el resto de España). Se practicaba un agujero, denominado guá, en las aceras de barro y se exponía a los más hábiles nuestros pequeños tesoros de figuritas de plástico o los propios bolindres. Una época a la peonza y otra al yoyó, así discurría la vida sin consolas ni teléfonos móviles.

Podíamos desarrollar distintos juegos de grupo, pero la estrella era el fútbol. La explanada de tierra daba para dos campos, de distinto tamaño: el de los mayores y el de los chicos. En ambos, las porterías se señalaban con mojones de piedras lo que provocaba las discusiones típicas para dilucidar si el balón había entrado o no por los laterales y, por supuesto, por arriba. “¡Ha sido alta!” También se acudía a una regla especialmente socorrida, aplicada cuando se encajaba un gol a bocajarro: “¡No vale, ha sido trayazo!”

Cuando no había balón, el juego más socorrido era la guerra. En principio, simulada. Dos bandos al acecho intentando coger al otro desprevenido por la espalada. Espacios para el escondite había miles, rocas, huecos, covachas, lomas y terraplenes. Pero la joya del escondite estaba al fondo de la explanada. Una casa en ruinas, escondida entre la maleza de cardos altos y sin tejado, lo que permitía todo tipo de guerrilla urbana. En ocasiones la batalla se volvía cruenta, especialmente cuando los vecinos de las calles de atrás venían violentos y arrecriaban las piedras. De estos enfrentamientos más de uno conservamos lustrosas piteras en la cabeza.

Junto a la casa abandonada, los terraplenes de arcilla roja servían de planos deslizantes cuando el barro los transformaba en unas superficies excitantes para bajarlas a lomos de garrafas de plástico convenientemente aplastadas. El asa servía para controlar la bajada de algún modo, aunque no evitaba llegar a casa manchados de barro como si hubiéramos salido de una trinchera de la primera guerra mundial o de un partido de rugby en Escocia.

En los límites de nuestro espacio vital estaban las cuevas. En el sistema de cavernas del calerizo llamada Maltravieso, la cueva principal estaba junto al Colegio de Enseñanza Básica XXV Años de Paz. Pero a cientos de metros se abrían otros boquetes, como la cueva del Conejar, que eran debidamente explorados por los chavales más atrevidos. En una ocasión entramos a la aventura ataviados con velas. En un momento de pánico alguien gritó, las velas al suelo, y a pesar de la penumbra, conseguimos salir a la superficie; pero ¡ay!, dejando al más pequeño dentro. Sólo la fortuna nos salvó de un severo castigo porque el chaval no dejaba de llorar y pudimos llegar hasta él. Después, un debido soborno a base de chuches y de esto no se habla.

Cuando tuvimos bicicleta, estos campos, auténticas pistas de competición, se convirtieron en horas de satisfacción y deporte de riesgo, mucho antes de que inventaran las *mountain bikes*. La bici aumentó también nuestro horizonte, pero en general evitábamos la carretera principal y las vías urbanas. De hecho, no fuimos tan traviosos ni alocados. Salvando la pequeña aventura de la cueva, la hazaña que ahora sería difundida en redes sociales consistía en pasar por los huecos, arriba y abajo, entre la bola del mundo que está bajo el obelisco de la Plaza de Colón (para los buscadores de calles en realidad se llama Plaza de los Conquistadores). El hueco era tan escaso que sólo los pequeños, o muy delgados, podían superarlo sin quedarse atascados; yo me quedé atrapado alguna vez, todavía recuerdo la sensación especialmente angustiada.

Por el lado occidental estaba la charca Musia, terreno vedado por lo peligroso de sus orillas y de sus orilladores. Hacia el este, la Montaña, siempre espléndida y mágica. Al menos una vez al año, por la festividad de Todos los Santos, la chiquillería se aventuraba a subir hasta el santuario de la Virgen ataviados con sus latas agujereadas y un puñado de castañas. Alguien hacía fuego y se introducían algunas brasas en los botes. Con una cuerda larga o con alambres se giraba el improvisado hornillo para asar las castañas y las bellotas. Lo demás era la caminata cuesta arriba, un bocadillo y más escalada.

Podíamos avanzar por las huertas del Ribera del Marco, donde nos surtíamos de granadas y membrillos a riesgo de ser perseguidos por algún perro o un hortelano ofendido, o bien saltando las cercas y atrochar cuesta arriba hasta el depósito del agua.

Después de visitar fugazmente a la Virgen de la Montaña, se solía avanzar por la cresta de la Sierra de la Mosca en dirección de los repetidores de televisión, en lo más alto. Y descendiendo por la ladera más al sur, por la zona del Portanchito, acabar en el antiguo sanatorio de tuberculosos (leprosos decían los mayores para darnos más miedo), que era sin duda el gran campo de batalla para las partidas de guerrilla. Ya anochecido, volvíamos por la carretera de Medellín sorteando las canteras y los barracones de los gitanos.

El edificio, como salido de una película de terror, constaba de tres alturas, ya no tenía tejado pero sí algunas escaleras y ninguna ventana acristalada. Estaba rodeado de pinos, eucaliptos y alguna encina, en plena naturaleza. Lo mayores contaban que en la explanada justo enfrente del edificio existió un pequeño cementerio que sirvió para dar sepultura a los fallecidos en este sanatorio, lo que le confería un espacio excitante para nuestros juegos. Esto y el silencio de los pájaros en plena maleza, el escenario perfecto para alguna película de miedo.

El sanatorio se había construido en 1930 con el nombre de la mujer de Alfonso XIII (Enfermería Victoria Eugenia), el rey que había quedado huérfano tras la muerte de su padre Alfonso XII debido a la terrible enfermedad de la tuberculosis.

Estuvo operativo hasta los años 50, manteniéndose como sanatorio antituberculoso durante la II República y posteriormente siendo hospital de sangre durante la Guerra Civil; pero la llegada de la estreptomocina permitió que estos enfermos se curasen rápidamente y los sanatorios de este tipo empezaron a caer en desuso, de ahí la ruina progresiva.

Muy cerca de allí, en la Dehesa de la Alberca y las cunetas de la carretera de Medellín se celebraba la romería del Carneril por san Isidro. La gente llevaba sus tortillas de patata y chuletas de cordero a pasar el día, jugar al balón con los chavales y evitar que a alguno de los mayores le costara un buen esguince. Lo único asegurado para los mayores era la siesta bajo las encinas.

La barriada de Llopis Iborra estaba lo suficientemente lejos para parecer un pueblecito cercano a la capital. Más allá de la iglesia del Espíritu Santo, sus casitas bajas alrededor le conferían un aire de aldea absorbida por la urbe. Para nosotros era el principio de la parte antigua. La Ribera del Marco solo se visitaba en el camino a la Montaña y el puente de San Francisco ya eran considerados los confines de nuestras actividades, más propios de los escenarios de las fiestas de San Jorge.

Otro asunto era el Rodeo. Sede de la antigua feria ganadera de Cáceres por San Miguel, durante todo el año eran campos extensos junto a la antigua Ciudad Deportiva para jugar al fútbol. Allí se congregaban grupos de distintos barrios y se retaban partidos a cara de perro. Rivalidad ante todo y bastante agresividad en los enfrentamientos, aunque se quedara sólo en el fútbol. Por ello era terreno poco recomendable, y quedaba bastante apartado de nuestro perímetro, así que se frecuentó bien poco.

Mi padre fue policía, de la Policía Armada. Nunca me perdía el desfile el día del patrón desde aquella esquina del Mostazo cuando pasaban por delante de San Juan. Mi padre siempre encabezando la escuadra de uniformados grises y con un enorme fusil en la mano derecha (¡que el Santo Ángel le proteja allí donde esté!). Ese momento y la procesión de los Estudiantes del Viernes Santo por la calle Pintores son los recuerdos más entrañables de mi infancia por la Cáceres antigua.

Aun siendo policía, no vivimos en los pabellones. La Asociación Mutua Benéfica de las Fuerzas de Policía Armada y de Tráfico recibió del Ayuntamiento de Cáceres en 1955 una parcela para construir 24 viviendas en altura para los agentes y dos chalés para los mandos destinados a los policías que tuvieran su destino en la ciudad de Cáceres.

Estaban junto al núcleo del Espíritu Santo y, para nosotros, lo más destacable era el enorme tobogán de hierro con columpios que se colocó en la esquina de la parcela. Lamentablemente, las soldaduras de entonces y la corrosión lo echaron a perder pronto y se volvieron incluso peligrosos. Más de uno sufrió heridas al deslizarse por las chapas cortantes.

Por la carretera de Medellín, más allá del Último Café estaban las casas temporales de los gitanos en medio de un barrizal rojo. No era lugar para los pequeños, más por miedo a lo desconocido que por razones reales.

En el barrio había personajes entrañables, como el señor Manolo, el dueño de un comercio, toda una institución para la muchachería del barrio. La tienda de Rojo antes de ampliar el negocio en la acera de enfrente y los bares: Las Vegas, los Martínez, los Pérez... Allí pasábamos el rato cuando nuestros padres tomaban un chato al mediodía de los fines de semana o lo que fuera por las tardes. De los Pérez, lo mejor el helado de corte, que si le caías bien a la dependienta lo ponía bien colmado.

La iglesia del barrio era el Buen Pastor, de obra moderna realizada en el fondo de una calle sin salida junto con el resto de las casas. Era bien austera, pero allí tomé la Primera Comunión. Después, siguiendo la costumbre de familia católica de misa de domingo, frecuentábamos el Espíritu Santo e incluso la capilla de la Residencia de los Mayores que se instaló en plena Avenida de Cervantes. Las iglesias del centro sólo se visitaban en Semana Santa, particularmente el Viernes Santo.

Desde el balcón de mi casa (y sólo era el segundo piso) se podía otear todo el espacio comprendido entre las sábanas tendidas que las madres dejaban al sol y viento en postes de madera y cuerdas recias y las casas de la Policía. Llegado el momento, un buen grito de llamada a la hora de comer o cuando la madre requería un mandado. No hacía falta megafonía y todos los muchachos reconocíamos las voces. También había un código de señales entre la gente del pueblo, aquéllos que volvían a Valdefuentes al mediodía, después de las compras o los trámites en la capital que pasaban delante de casa a bordo de los taxis de mi tío Paco Muriel o de Reca Yáñez. Inconfundible el bocinazo del Alfa Romeo que fue cambiando con los años, cada vez más fiestero.

No había mediana en la carretera y era la recta donde los coches empezaban a coger velocidad, pero no hubo accidentes que yo recuerde. Si bien en una ocasión cruzamos todos los vecinos esa calle, a pesar de la lluvia intensa y del frío de febrero, con ropa de cama y en bata, para refugiarnos en la marquesina del autobús que había enfrente.

En la madrugada del 28 de febrero de 1969, sobre las tres y media, se produjo el conocido como Terremoto del Cabo de San Vicente, en su origen de 7,3 en la escala de Richter, a 200 km al sur del cabo homónimo, dejándose sentir en Portugal, Andalucía y Extremadura. En el Carneril se sintió con fuerza, hasta el punto de generar el pánico general de todos los vecinos que arrancando a los chiquillos de las camas se lanzaron escaleras abajo por miedo de usar el ascensor.

No recuerdo gritos, pero sí las caras de miedo e incertidumbre. Nadie sabía cuánto podría durar el peligro y si habría más réplicas. Debí quedarme dormido en los brazos de mi madre, porque no recuerdo el regreso a casa.

Parece ser que aquel terremoto fue el mayor temblor registrado en España durante el siglo XX y sin que ningún otro lo haya superado en virulencia desde entonces. Ni siquiera el de Lorca de mayo de 2011 tuvo tanta fuerza y eso que resultó catastrófico y se produjeron víctimas mortales con cuantiosas pérdidas materiales.

En Extremadura se pueden ver los efectos del otro gran terremoto, el producido el 1 de noviembre de 1755, que por su duración y virulencia ocasionó cerca de doce mil víctimas mortales, la mayoría en Lisboa. Tuvo su origen en el mismo lugar, al sudoeste del cabo de San Vicente y provocó un tsunami con olas de casi 15 metros de altura. Basta con ver la fachada lateral de la Catedral de Coria y el puente de piedra que está en su vega para identificar la firma de la naturaleza al desbocarse.

Cuando se es pequeño las distancias son enormes, para nosotros el camino hasta la Cruz de los Caídos era una excursión. Y no digamos llegar al centro y la plaza. Los mayores usaban el autobús, lo más pudientes o con urgencia, el taxi. Apareció un buen

día algo intermedio, el microbús. Más pequeño que el autocar pero algo más caro y no quedaba claro el régimen de paradas. A pesar de las distancias, andábamos a todas partes. En la feria de mayo podíamos ir a los Fratres, donde se instalaba el recinto ferial por aquel entonces, durante la mañana y por la tarde otra vez. Y ya, de mayores, a las competiciones deportivas todos los sábados donde el San Antonio participaba.

Los domingos que no íbamos al pueblo, tocaba cine. Pero no había ninguno en el barrio.

Por aquel entonces, mediados de los 70, el Gran Teatro y el Capitol estaban reservados para los mayores, era la época de los dos rombos en la tele y en el cine no había excusas para colarse en las pelis de estreno. En Valdefuentes podíamos disfrutar las de vaqueros, espartanos, Louis de Funès o Fumanchú, lo que se diera en el cine de tía Colorina en la plaza. En verano íbamos al Carmiña, una pantalla con un sonido algo precario colocada en un gran patio de sillas de tijera que acaban rodeadas de cáscaras de pipas.

Antes de irnos a Málaga pudimos ver varias veces en el cine del colegio San Antonio de Padua, cada 13 de junio, la fenomenal “Hermano Sol, Hermana Luna” de Franco Zeffirelli sobre la historia de san Francisco. Aún recuerdo la música de Donovan.

Pero nuestros cines eran el Coliseum y el Astoria. El primero a 16,50 pesetas la sesión continua de los domingos por la tarde, y el otro a 21. Esto era de vital importancia puesto que nuestra economía doméstica debía dar para las pelis y para las chucherías. Era la época de los kicos, las pipas y las palomitas, pero también de los *sugus*, los caramelos de nata y otras suculencias que iban apareciendo en el mercado. Cuando nos llegó la afición del coleccionismo de cromos, había que repartir en más gastos los exiguos recursos. La fila de espera del cine también brindaba una oportunidad para el intercambio: “Sile, sile, nole”. Pasamos de las colecciones de famosos de la tele, las motos y animales del mundo, a las de Mazinger Z, la Guerra de las Galaxias, Spiderman y la mejor de todas: Érase una vez... el Hombre. Una mastodóntica tarea de encontrar 400 cromos diferentes, todo un récord para la época, que nos tenía entretenidos por semanas.

Ya por entonces, como buenos cinéfilos éramos fanáticos de los créditos iniciales, y de los finales, que leíamos con interés por recordar los nombres de los actores, de los directores y de las curiosidades. Por eso nunca me perdonaré haber llegado tarde al estreno de la Guerra de las Galaxias en el Coliseum, por mucho que la hayamos visto decenas de veces después.

Además del fútbol, pasábamos horas en la calle. Un año llegó el *Sancheski*, toda una revolución. Se trataba de un artilugio nuevo, un monopatín. Parece que lo inventaron los nostálgicos del surf cuando no tenían olas y por eso en el norte de España, donde la afición es palmaria, surgió la idea... de copiar a los americanos.

Una familia de Irún llamada Sánchez que fabricaba material de esquí, fabricó los primeros patinetes de España y los vendieron bien. A Cáceres llegaron a finales de los 70 y fue, como en todas partes, un furor. En el barrio teníamos una calle, la avenida de

la Hispanidad apenas usada por los coches y unas rampas que la unían al paso elevado. Era el campo perfecto para deslizarse a toda velocidad y buscar las sensaciones que el exceso de adrenalina proporciona. Algunos no tuvimos nunca un *sancheski*, pero sí probamos bajar con otros vehículos menos adaptados. De la caída producida por un triciclo me disloqué la cadera. En esa época los golpes y las heridas apenas dolían. El daño lo detectó mi madre al pasar delante de la televisión y ver en contraste la desviación del tronco vertebral respecto a la vertical. La receta del traumatólogo: dormir sobre una tabla (en realidad una puerta a la que quitaron el picaporte) durante dos meses, y asunto arreglado.

Después llegó el cubo de Rubik, pero no conseguí ninguno hasta principios de los 80, cuando ya vivía en Málaga, lo que merecería otra historia.

Los videojuegos estaban en los bares, se pasó de los flippers a los juegos de habilidad. En el televisor sólo se podía conectar un simple tenis rudimentario o lo que se llamaba hockey, que era lo mismo, pero con dos barras a modo de portería. Era la época de la Casa del Pradera y Heidi los sábados por la tarde y el Hombre y la Tierra del malogrado Félix Rodríguez de la Fuente, quien contaba lo bueno que es el lobo. Un día llegó la segunda cadena de televisión a Cáceres, el UHF. Se proyectó la película de Spencer Tracy Capitanes Intrépidos y ya teníamos dos canales para elegir. Las generaciones modernas no lo podrán entender.

Debido a una inoportuna pulmonía por bañarme antes de tiempo en el mes de junio, pude asistir a toda la olimpiada de Montreal, la de la rumana Nadia Comaneci y España ganando medallas en vela. Antes de que llegara el cambio climático ya se registraban los 40 y pico grados en Cáceres durante julio y agosto. El único alivio eran las piscinas de la ciudad deportiva o, los más afortunados, los militares del campamento Santa Ana. La alternativa estaba en los ríos con poco caudal como el Almonte o los pantanos del Salor y de Guadiloba, éste último como furtivos, puesto que el baño estaba prohibido por ser el depósito de agua potable para la capital.

A la vecindad pintoresca debo añadir mi pertenencia a uno de los colegios más prestigiosos de Cáceres, el San Antonio de Padua, aquél que estaba en la calle del General Margallo y para los más pequeños, en las propias instalaciones del convento de franciscanos que, además del colegio, velaban la liturgia de la iglesia de Santo Domingo. Todo ello en los alledaños de la plaza de España, lo que es lo mismo, el centro histórico de una ciudad monumental que pude caminar y vivir durante mi niñez.

Un día nos colamos en el rodaje de “La lozana andaluza”, encaramados a la muralla junto a la Torre de Bujaco viendo los caballos y los carruajes transitar adarve arriba, todos vestidos de época. Ahora Cáceres es más famosa por Juego de Tronos, desde la parte antigua a las charcas de los Barruecos de Malpartida.

Aún recuerdo la confección durante semanas de los dragones a tamaño natural con tablones, sacos de patatas y otros materiales que ocupaban parte del patio del colegio para ser llevado en volandas hasta la plaza y competir en el concurso organizado por el ayuntamiento en San Jorge. Después, el espectáculo de los fuegos artificiales y los dragones ardiendo; arte efímero.

Y también acordarme de la única vez que fuimos en pandilla a la parte antigua en busca de la gallina. Según nos contaron los mayores del barrio, se soltaban unas gallinas por la zona monumental y una de ellas llevaba en sus patas una bonita suma de dinero; pero ni vimos gallina ni dinero. Ahora se esconden figuritas de la gallina de oro que rememora la leyenda de la Mansaborá, la mora que ayudó a las tropas del rey Alfonso IX de León para tomar la fortaleza de Qazrix el 23 de abril de 1229 (casualidad, en el día de san Jorge). Al parecer al Caid le sentó mal la traición de su hija y la maldijo a transformarse en gallina para vagar por los muros de Cáceres mientras no vuelva a ser musulmana, la ciudad se entiende. Dios no lo quiera, para no perder tan bonita costumbre.

Puede ser que vivir en un barrio no fuera considerado de buen tono. Ser de Las Minas, El Carneril o Pinilla era un estigma en la Cáceres culta y pudiente del último tercio del siglo XX. Aunque, de pequeños ninguno éramos conscientes de ello. Pero como la población crecía se necesitaron nuevas viviendas que obligaron a desparramar la ciudad por la periferia. En las últimas décadas se invirtieron las tornas. Lo que se tenía por barriada que connotaba marginalidad o vulgaridad, a partir de los 90, el mismo concepto se llenaba de sugerencias positivas: aire libre, espacio, libertad, tranquilidad, categoría y gran calidad de vida.

Todo ello tras una hábil piroeta semántica, marca de los tiempos. Ya no se utiliza el vocablo barrio, que ha sido sustituido por urbanización y la ciudad feliz sufrió la gran revolución urbanística.

Cuando estaba de servicio, mi padre nos colaba en la antigua Ciudad Deportiva para ver los partidos del Cacereño encaramados, mi hermano y yo, en el techo de la bocana de vestuarios. Un día pudimos leer una pancarta de la afición rival: "*La ciudad de Plasencia saluda al pueblo de Cáceres*". No pude entender el sarcasmo en ese momento, pero sí lo recordé cuando años más tarde Cáceres sería reconocida como patrimonio de toda la humanidad y se ha convertido en una de las ciudades con mejor calidad de vida del mundo.

Los que emigramos a tierras y oportunidades lejanas hemos contemplado el cambio con optimismo, el que le aguarda a una de las joyas de España que siempre estará en mis fotogramas de la infancia.

15 de noviembre de 2023